

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

Sesión del día 22 de Octubre de 1893.

Recitadas por el P. Director las preces acostumbradas, empezó la sesión á las 10 y $\frac{1}{4}$, bajo la Presidencia del Dr. D. Narciso Pla y Deniel. El Infrascrito leyó el acta de la anterior que por unanimidad fué aprobada. El Académico de Número D. Joaquín Baró preguntó á la Presidencia si permanecía siendo Académico un joven, á quien nombró, y que creía se hallaba en situación afflictiva, y en cuyo favor podía acaso hacer algo la Academia. Como el P. Director observara que hacía algunos meses que el aludido Académico se había dado de baja, pasóse á la orden del día, que era la renovación parcial de la Junta Directiva. El Presidente Sr. Pla observó á los Sres. Académicos que en virtud de la comisión encargada por el P. Director á él y otros cuatro Académicos, habían hecho imprimir y circular una candidatura, que recomendaban á los Académicos electores; pero que debía advertir que la candidatura aludida no era oficial, que no tenían los Académicos el deber de atenerse á ella, y que sólo tenía por objeto presentar una norma que facilitara la pronta y acertada elección á que debía procederse. Añadió el Presidente que siendo reelegibles, según el art. 44 del Reglamento, los individuos que terminaban en sus cargos, debía él por su parte suplicar á los Sres. Académicos, que no le confirmaran en el que desempeñaba, pues, apoyándose en el citado art. 44, estaba resuelto á no aceptarlo ya que difícilmente podría desempeñarlo en lo sucesivo.

A continuación, y en cumplimiento del art. 46, se procedió á la elección de Presidente, siendo por una gran mayoría nombrado el doctor D. Rafael Marsá y Draper. Sucesivamente fueron elegidos, también por gran mayoría, D. Francisco Martí y Bech para el cargo de Contador-Administrador, D. Bartolomé Canals para el de Vice-Secretario, y don Alejandro Tornero para el de Vocal Suplente. Como el nombramiento del Dr. Marsá había dejado vacante la Vice-Presidencia, hubo de procederse á la elección de Vice-Presidente, y los votos de los Académicos se repartieron entre el Dr. D. José M. Ventura y el Sr. D. José M. de Olalde, hasta que á la vuelta de algunos escrutinios, obtuvo mayoría de votos el Sr. de Olalde. Este nombramiento dejaba vacante la Secretaría, y para desempeñarla fué elegido el Sr. Burgada Juliá. Como este Sr. Académico desempeñaba el cargo de Bibliotecario-Archivero, hubo de proveerse este cargo, y para él fué designado D. Alfredo Elías. Por

último, habiendo renunciado el cargo de vocal D. Arcadio de Arquer, fué nombrado Vocal 2.º D. Luis Masriera.

La Junta Directiva quedó constituida del modo siguiente.

Presidente: Dr. D. Rafael Marsá y Draper.

Vice-Presidente: D. José M.ª de Olalde.

Secretario: D. Juan Burgada Juliá.

Vice-Secretario: D. Bartolomé Canalz.

Contador-Administrador: D. Francisco Martí y Bech.

Bibliotecario Archivero: D. Alfredo Elías.

Vocal 1.º: D. Alejandro Tornero de Martirena.

Vocal 2.º: D. Luis Masriera.

Levantóse la sesión á las 12 y $\frac{1}{4}$.

El Secretario saliente,

JOSÉ M.ª DE OLALDE.

Barcelona 23 de Octubre de 1893.

Se suplica á los señores Académicos, la asistencia á la sesión ordinaria, que debe celebrarse el próximo domingo, día 5 de los corrientes á las 10 de la mañana, y en la cual disertará el Sr. D. Luis Marsans, sobre la libertad del trabajo, objetándole el Sr. D. Francisco Martí y Bech.

El Presidente,

RAFAEL MARSÁ Y DRAPER.

El Secretario,

JUAN BURGADA JULIÁ.

Barcelona 1.º de Noviembre de 1893.

LA ITALIA Y LA PAZ EUROPEA

Aunque todas las grandes Potencias se aprestan á una lucha colosal, y aumentan su ejército y su marina, y perfeccionan su armamento, y fortifican sus fronteras, y buscan alianzas, y de tal manera atienden á su poderio militar, que aplican al presupuesto de guerra la cuarta parte de la totalidad de sus ingresos; pero todas se ostentan animadas por un vivísimo deseo de mantener la paz europea, aspirando sólo á ponerse en buen estado de defensa. Sólo la Italia se muestra ansiosa de apelar á la guerra, como remedio único para salvar la difícil situación en que se ve comprometida. No hace muchos meses que provocó de un modo desatentado á la Francia, y á no ser las amonestaciones que le llegaron de Berlín y de Viena, hubiera ciertamente provocado un conflicto europeo. Recientemente ha aglomerado numerosas fuerzas en las fronteras de los Alpes, ha puesto en movimiento el personal y el material de la Cruz Roja, sus Revistas militares han publicado artículos belicosísimos, y se han repetido no po-

cas veces las palabras que el general Pelloux, ministro de la Guerra, pronunció en la Cámara: «Doy mi palabra de honor de que el ejército está prontísimo.» La Europa, si la prensa es eco de la opinión pública, está convencida de que Italia acecha una oportunidad para declarar la guerra á la Francia.

Esa animosidad de la Italia oficial contra la nación francesa data ya desde los sucesos de Túnez y de la posición firme que Francia adquirió en aquella Regencia. El deseo de desalojar á los franceses de la posición conquistada movió al Gobierno italiano á aumentar considerablemente su escuadra y á ganarse la amistad del Austria-Hungría. El conde de Robilant, embajador de Italia en Viena, recibió el encargo de procurar un aproximamiento entre Austria é Italia, y esa inteligencia amistosa quedó asegurada en otoño de 1881, con la visita de los Reyes de Italia á la corte de Austria. La visita del Rey Humberto á Viena, fué seguida de activas negociaciones que terminaron por un tratado formal de alianza. La Italia se reconcilió con su rival tradicional el Imperio austríaco, para hacer la guerra á la Nación á quien debía su unidad y su grandeza, y que en Magenta y en Solferino le había conquistado el honor de ser admitida entre las grandes Potencias. Bismarck, que apenas había intervenido en la reconciliación y amistad de Italia y Austria, porque no había aún desistido de unir en estrecha alianza á los tres Emperadores, aprovechó las buenas relaciones en que se hallaban Austria y Alemania por un lado, y por el otro Italia y Austria, para formar la triple alianza, en la cual entró gustosa la Italia, enemistada ya con la República francesa, mayormente habiendo prometido Bismarck á Crispi la hegemonía de Italia sobre las naciones de origen latino. Desde entonces, dominada la Italia por una megalomanía insana, consagró todos sus recursos á la tarea de constituirse en potencia militar de primer orden, esperando el día de ver humillada á la Francia y heredar de ella la influencia que desde los tiempos de Enrique IV había ejercido en el Occidente de Europa.

En un libro que ha dado á luz el senador italiano Luis Chiala sobre los orígenes de la triple alianza, se pone de manifiesto el propósito que abrigó la Italia desde las primeras negociaciones con Austria, de buscarse aliados contra la Francia y de dar á sus alianzas un carácter ofensivo. Aunque el Gobierno de Humberto I se esforzó en mantener secretas sus alianzas y sus aspiraciones, el Príncipe de Bismarck á cuya política interesaba que aquéllas fueran conocidas, para hacerse más fuerte contra la Francia y la Rusia, cometió una indiscreción que hizo saber á la Europa los fines que perseguía la triple alianza. Esa política agresiva de la Italia oficial debía necesariamente excitar la cólera de la Nación francesa, antigua aliada y protectora del Reino italiano. La ingratitude de los italianos para con la Francia era á los ojos de los

franceses una felonía, una negra traición. Francia é Italia se hicieron incompatibles. Pero el aislamiento en que la Francia se encontraba frente á frente de la triple alianza, obligó á la República vecina á devorar en secreto la amargura y la ofensa que la política italiana le infería, y más de una vez se hizo la distraída ante las provocaciones de su ingrata protegida.

La política francesa ha triunfado de la política italiana por medio de la paciencia. La Italia en su empeño de humillar á la Francia, se ha arruinado, y es opinión general que no puede continuar por dos años más en la situación de paz armada que los compromisos de la triple alianza y su propia ambición le han creado. El erario público no puede atender á los gastos enormes del ejército y de la armada. Y con todo Mr. Giolitti ha declarado recientemente en su Discurso de Dronero que la Italia debe continuar figurando honrosamente en la triple alianza, y que á este efecto será preciso aumentar la tributación del Reino. La nación italiana no puede con las cargas que el Gobierno le impone, y éste le notifica que todavía ha de hacer mayores sacrificios. Ni el pueblo puede pagar tan enormes tributos, ni el Gobierno puede dejar de aumentar los impuestos. De aquí la opinión, cada día más acentuada y manifiesta, de que la Italia tiene que apelar á la guerra, por la imposibilidad de continuar el *statu quo*, del cual sólo podría salir reconciliándose con el Papa y abandonando la triple alianza, y á eso se oponen resueltamente el Gobierno y las logias masónicas.

¿Pero está realmente preparada la Italia para entrar en campaña é intervenir con decoro en una guerra europea? Por de pronto le faltan aquellos tres elementos indispensables, según Napoleón, para salir airoso en toda guerra: *dinero, dinero y dinero*. El Gobierno de Italia carece de medios pecuniarios para ir viviendo en paz; ¿cómo atendería á los enormes gastos que supone la movilización de un numerosísimo ejército y de una formidable escuadra? Y el ejército italiano ¿es tan brillante como se supone y su armamento puede competir con el de las primeras Potencias militares? El corresponsal del «New-York-Herald» en Berlín, pone en boca de un alto funcionario alemán, las siguientes frases que retratan la situación de Italia: «Antes de dos años tendrá que proceder la Italia al desarme, por falta de dinero. El canciller de Caprivi ha hecho bien arrojando agua fría sobre el fuego (impidiendo los alardes belicosos de Italia contra Francia). Sé que un oficial italiano de alta categoría ha girado visita de inspección á los almacenes y depósitos del departamento de guerra y los ha encontrado casi del todo vacíos. Muchos regimientos de artillería se han visto imposibilitados de tomar parte en las recientes maniobras por falta de caballos. El ejército tiene fusiles de dos calibres diferentes, y pocos soldados están actualmente provistos del modelo adoptado en 1891: se necesitan tres años

para hacer las sustituciones necesarias. Hasta la moral del soldado deja que desear, cuando se le disminuye la ración por motivos de economía. Todos estos hechos son conocidos, y el coronel Eisembrecht, en Roma, sabe muy bien que el ejército italiano no se halla hoy en estado de entrar en campaña. Sin embargo, hay en Roma un partido que considera que la guerra es un medio extremo, pero seguro, de sacar al país del caos y de detener la decadencia política y financiera que lo lleva aprisa á la ruina.»

Pero ¿y si la suerte de las armas fuera adversa á la Italia, como lo hace sospechar el fatal estado de su hacienda y de su ejército? Aquí de la política maquiavélica de los italianos. Saben éstos que la Francia lleva la de perder, en caso de guerra con Italia, y esto, aun cuando los ejércitos italianos queden derrotados. Vencida la Italia, se declararía en bancarrota, y así quedaría vengada de la Francia. La Italia, financieramente considerada, está irremediabilmente perdida, y si sale vencida en la próxima guerra europea, los tenedores de papel italiano perderán completamente sus capitales. Los especuladores franceses han previsto este funesto desenlace, y por esto, desde hace algunos años, la Bolsa de París ha arrojado sobre la Alemania considerables cantidades de fondos italianos, á pesar de su baja cotización, prefiriendo perder una parte de su capital á experimentar los efectos del espantable *Krach* que debe devorarlo todo entero. No ha sido tan previsor el Gobierno francés, que continúa siendo acreedor de Italia por cantidades enormes, dando así ocasión á los políticos italianos á que cuenten con la bancarrota para arruinar la Hacienda francesa.

Gracias á la *Unión monetaria latina*, las monedas de plata italianas circulan en Francia sin depreciación alguna, y son equiparadas al oro. El comercio y las cajas públicas las reciben sin descuento, teniendo, por lo mismo, en Francia, un valor que no tienen en ninguna otra parte. Por esto se acumulan en la República vecina, de modo que de los 560 millones de moneda de plata acuñada en Italia desde 1862, como unos 500 millones han pasado los Alpes y se encuentran en manos de los franceses. Si la guerra estalla en estas circunstancias, la Italia se declara en bancarrota y deja á la Francia inundada de monedas de plata, que tendrán una depreciación de un 50 p/100, y que irrogarán á la Francia una pérdida inopinada de 250 millones de francos, en el momento preciso que tendrá que hacer enormes desembolsos para atender á la grande crisis militar de la movilización de su numerosísimo ejército.

Si la política francesa fuera tan innoble como la italiana, Italia hubiera consumado ya su ruina. Francia tiene el derecho de denunciar la *Unión monetaria latina*, pues al renovarla en 1885, cada uno de los Estados contratantes se reservó el derecho de denunciarla cuando lo creyera conveniente. Esa denuncia de la

Francia obligaría á Italia á recoger su moneda de plata que circula por Francia y cambiarla por moneda de oro, y en este cambio perdería Italia unos 250 millones de liras. Dado el agobio del Tesoro italiano, aquella denuncia implicaría la bancarrota de Italia. De donde, la suerte de este país está en manos del Gobierno francés. ¿Cómo, pues, se atreve la Italia á provocar á la República francesa? Sencillamente porque á la denuncia de la Unión latina respondería con la declaración de la guerra y la consiguiente bancarrota, con lo cual haría perder á los franceses los 250 millones que, continuando la paz, habrían de pagar los italianos. Francia cometió en 1885 la imprudencia de renovar la Unión Latina; renovación que ha sido sólo favorable á la Italia, y gracias á la cual esta Nación ha podido armarse contra la Francia valiéndose del dicero de los franceses. Verdad es que por aquel tiempo la política francesa era dirigida por la francmasonería, y que ésta lo ha subordinado todo al mantenimiento del *statu quo* de Italia.

E. LL.

EL COLOSO DEL NORTE

Las fiestas franco-rusas de Tofon y de París constituyen el tema de actualidad, son la cuestión del día. En ellas, en el delirante entusiasmo patriótico, rayano en chifladura (así somos los meridionales y particularmente los franceses), que han despertado, en los significativos discursos y brindis que se han cruzado, está fija la atención de la Europa. En vano Inglaterra ha contestado enviando su escuadra del Mediterráneo, que manda el almirante Seymour, al puerto de Tarento; en vano Italia ha recibido dicha escuadra con no menor entusiasmo, oficiando de representante de la Triple el vice-almirante italiano Corsi. En vano ha surgido la cuestión de Melilla, cada día más difícil y complicada, gracias á la cachaza ó frescura de nuestros gobernantes. Las fiestas franco-rusas, lo repetimos, absorben por completo la atención de la diplomacia y de la opinión pública de Europa.

La cuestión de Melilla es una cuestión nacional. A España toca exclusivamente el resolverla. A España exclusivamente atañe mantener incólume su honra, defender sus legítimos intereses y velar por su porvenir. Nada tiene que ver con ella la diplomacia europea. Solo la egoísta Albión que doquiera tiene pretensiones y miras ambiciosas, á veces absolutamente injustificadas, puede interesarse en dar determinado sesgo á los aconte-

cimientos; Francia puede ocuparse algo de lo que le interesa, pero a causa de la proximidad de la Argelia; á las demás naciones, poco les importa ni les preocupa cuanto hagamos ó dejemos de hacer en Marruecos.

La visita de la escuadra inglesa á Tarento, nada nuevo nos indica. ¿Que la fraternal acogida hecha á los buques rusos por los franceses no es del agrado de Inglaterra? ¿Que la Triple? Fácil es presumirlo. ¿Que en caso necesario la escuadra inglesa se unirá á la italiana para contrarrestar el poder francés en el Mediterráneo? No es difícil adivinarlo. He aquí lo que lo sabemos.

Pero si la visita de Tarento, como la presencia del hijo de Humberto en las maniobras de Metz, no nos dice nada nuevo á la Europa, en cambio la presencia del almirante Avellan en las aguas de Tolón, y los discursos cambiados entre los representantes del Czar y los más altos dignatarios de la República vecina, son acontecimientos importantes que han de influir grandemente en el curso internacional de Europa.

Por de pronto podemos afirmar, á consecuencia de ellos, que hoy la alianza franco-rusa es un hecho consumado, indudable, evidente. Quizá no está consignada en ningún protocolo, pero está en la voluntad y en la conciencia de los interesados, es su necesidad y su deseo. La visita de Tarento no es bajo este concepto más que la ratificación solemnemente hecha á la faz del mundo, del pacto, escrito ó tácito, que liga á las dos naciones, ó mejor al pueblo francés y el Soberano de la Francia con el Czar.

¡Rara alianza por cierto!

Ni la identidad de religión, ni la afinidad de raza, ni la semejanza de costumbres, ni la paridad de condiciones políticas, ni una amistad histórica, ni una tradición que aconsejaban esa alianza, pero la comunidad de intereses y la comunidad de enemigos ha hecho que se encontraran marchando paralelamente estos dos Estados, y el interés común les ha unido, y el odio común les ha hermanado.

Francia tiene en Rusia una aliada más preciosa con cuyo apoyo mira tranquila el porvenir, espantada de las reivindicaciones y de la *revancha*. Rusia también en Francia una aliada poderosa, sumisa, fiel y servicial. ¡Muy RICA.

* * *

Pero los buques que componen la escuadra que manda el almirante Avellan no han traspuesto el estrecho de Gibraltar, no han entrado en el Mediterráneo con el objeto de devolver á España el objeto de devoción pública y solemne de los franceses, ni de romper los lazos que los unen á todos que esos

buques han entrado en el Mediterráneo para constituir el germen, el núcleo de una escuadra que con carácter permanente ha determinado establecer en este mar el Gobierno ruso; y si bien hoy, esceptuando el «Nicolás I,» los demás buques de esa escuadra, tanto el «Pamyat-Azowa,» buque-insignia, como los restantes «Rynda,» «Teretz» y «Nachimoff» dejan mucho que desear al lado de los grandes acorazados modernos, conforme reconocen los mismos franceses, con el oro de su aliada no faltarán á Rusia acorazados como los de Italia ó de Inglaterra ó nuestro soberbio «Pelayo,» que, verdaderas fortalezas flotantes, paseen su pabellón por todos los mares.

El caso es que las potencias sepan que Rusia tiene una escuadra estacionaria en las aguas del Mediterráneo y como toda escuadra debe contar con un punto de apoyo, con una base de operaciones, de ahí se origina que Rusia *necesite* un puerto militar en el mar latino. Rusia no posee hoy ni un palmo de terreno en las costas mediterráneas. Interinamente pueden servir los puertos franceses á este objeto; pero sólo con carácter de interinidad aceptará la orgullosa Rusia la hospitalidad de los puertos de su aliada.

Rusia, pues, en el hecho de establecer esa escuadra, indica que pretende y quiere una porción de territorio junto al Mediterráneo. ¿Por qué, se dirá la Rusia, no puedo aspirar desde luego á un pedazo de esas costas septentrionales del Africa, donde España, Francia, Inglaterra han establecido sus reales?

Si Inglaterra, no contenta con el Egipto, ocupado *ad consummationem sæculi*, pretende á Tánger, é Italia á Tripoli, sin más títulos que su ambición ó su interés ¿por qué el ruso, con los mismos títulos, no puede pretender otro pedazo de ese territorio *nullius*, el que más conveniente le parezca?...

Pero no acaba aquí seguramente la ambición de la Cancillería rusa.

El fin mediato, el fin remoto que ha presidido á la creación y organización de esa escuadra es mucho más amplio, mucho más trascendental, afecta profundamente al equilibrio europeo, al sistema que regula el orden internacional desde los tratados de Munster y Osnabrüch. De ese fin nos ocuparemos en otro artículo.

J. B. y C.

Escándalo dado por el Ayuntamiento de Madrid

Murió impenitente y fuera del gremio de la Iglesia y aún de toda religión positiva, el libre-pensador Sr. Chies, Director de

Las Dominicales del libre pensamiento. Ateo y materialista, murió como había vivido. Y de la misma manera quiso ser enterrado, esto es, *more brutorum*. Mas hé ahí que los libre-pensadores de la capital de la Monarquía católica concibieron el proyecto de convertir el entierro del Sr. Chies en una manifestación pública de ateísmo é impiedad, contrariando abiertamente la ley fundamental que en su art. XI prohíbe este género de manifestaciones. Al efecto pasearon el cadáver por las calles más concurridas de Madrid, ostentando en la procesión fúnebre las insignias masónicas, y proscribiendo la Cruz de la Redención. Las autoridades encargadas de hacer cumplir la ley autorizaron esa manifestación anticristiana, prohibida por la Constitución del Estado, enseñando con su ilegal tolerancia á todos los españoles, que la ley constitucional es letra muerta cuando ampara los intereses religiosos. No es la primera vez que este Gobierno se conduce como si la hipótesis legal de la nación española fuera la libertad de cultos. Barrenando la Constitución del Estado, permitió el Gobierno fusionista que se abriera al culto el templo protestante de Madrid, y barrenando la Constitución del Estado ha permitido que los libre-pensadores realizaran la manifestación masónica á que nos referimos.

Pero lo grave del caso consiste en que el Ayuntamiento de Madrid, asistiera oficialmente al entierro masónico del Sr. Chies, contribuyendo así á la manifestación antilegal y anticristiana organizada por los libre-pensadores. Si la Religión del Estado es la Católica, Apostólica y Romana, si están prohibidas por la ley las manifestaciones públicas contrarias á esa Religión, evidentemente fué ilegal y punible la conducta del Municipio madrileño, y un escándalo dado á la población cuyos intereses administra y aún á toda la Nación que de ello se ha enterado. Y siendo esto así, ¿con qué fuerza moral exigirán el Gobierno y el Ayuntamiento de Madrid á sus subordinados el cumplimiento de la ley? Si los que deben velar por que la ley se cumpla faltan abiertamente á ella, ¿podrán exigir á los otros una observancia que ellos menosprecian?

Bien se nos alcanza que si el Ayuntamiento de Madrid conculcó públicamente el art. XI de la Constitución, y el Gobierno toleró esa infracción constitucional, fué porque sólo se lastimaba con ello los sentimientos religiosos de la España católica. Y esta circunstancia es precisamente la que agrava más la conducta de la Corporación Municipal de Madrid y la tolerancia del Gobierno. Porque esto es decir á los españoles que los delitos contra la religión son de suyo insignificantes, que los intereses religiosos no merecen la atención de los gobernantes, que los derechos de la Iglesia pueden ser impunemente desconocidos y pisoteados, que al Gobierno no le importa un comino el que los ciudadanos españoles sean católicos ó dejen de serlo, sean cristianos ó sean

mañones y libre-pensadores. Esa lección de indiferentismo religioso, de impiedad desvergonzada, descendida de las alturas gubernamentales, ha de producir necesariamente un efecto funestísimo en la conciencia popular, más predispuesta á seguir los ejemplos maleantes que las sanas y moralizadoras enseñanzas.

Pero aún fué más enorme el escándalo dado por el Ayuntamiento de Madrid en la sesión del 20 de Octubre. Un periódico de la Corte lo describe en los siguientes términos:

APOTEOSIS SACRÍLEGA POR EL AYUNTAMIENTO DE MADRID

Excede á toda sorpresa y á toda indignación la sesión altamente escandalosa é ilegal celebrada ayer en el Ayuntamiento de Madrid, lugar donde se asientan todos los vicios.

Es imposible que quepa en cabeza humana. Parece que no estamos en España, la nación católica por excelencia; parece que no estamos bajo el régimen de un Estado católico, según consagración oficial y declaración pública de la ley constitucional; parece que el Ayuntamiento de Madrid, no contento con haber evidenciado su conducta administrativa en todos los órdenes, sobre todo en el orden del matute, se apresura á significarse como cantor y glorificador de una persona muerta ya, por la terrible enfermedad de la tisis, y que como muerta, Dios juzgará, pero persona que en vida, hasta sus últimos momentos, ha representado y simbolizado en España el libre pensamiento, con todas sus consecuencias laicas, con todos sus horrores en orden á la sociedad y á la familia.

Y para que no se crea que declamamos por supuesto fanatismo religioso y ultramontanismo político, vamos á transcribir el siguiente relato que publica *El Liberal* de hoy, no quitando ni tilde, ni punto ni coma.

Dice *El Liberal*:

«En la primera parte de la sesión de ayer, el alcalde Sr. Angulo, dedicó un sentido recuerdo á la memoria del Sr. Chies, manifestando el profundo sentimiento que embargaba á todo el Ayuntamiento por la muerte de tan honrado y laborioso compañero.

»Se hizo que constaran en acta las manifestaciones del alcalde presidente.

»La minoría republicana presentó una proposición en la que se pedía:

1.º Que se acordase el sentimiento de la Corporación por el fallecimiento del Sr. Chies.

2.º Que el Ayuntamiento cediese terrenos y costease un panteón en el cementerio civil á la memoria de tan querido y sabio compañero.

3.º Que la calle de las Beatas, en la que murió el Sr. Chies, lleve este nombre en adelante.»

»En un elocuente discurso defendió esta proposición el Sr. Zuazo.

»Le contestó el Sr. Garci Nuno, abundando en los mismos razonamientos que el Sr. Zuazo, respecto á los dos primeros extremos de la proposición, pero solicitando que el tercer extremo pasase á estudio de la Comisión correspondiente.

»Así se acordó.»

Lo mismo dice en sustancia *El Imparcial*, pero con el siguiente correctivo, que indica una protesta dentro del buen sentido religioso y legal.

El Imparcial, sí, con finísima ironía, dice que «no deja de ser curiosa

la coincidencia de que el nombre del director de *Las Dominicales del Libre Pensamiento* sea el que vaya á sustituir el de las Beatas.»

Como se ve, propúsose el Ayuntamiento de Madrid enaltecer por modo excepcional la memoria del Sr. Chies, como si en efecto hubiera sido uno de los hombres más extraordinarios y beneméritos de la España contemporánea. Y quién era el Sr. Chies? Qué servicios especiales había prestado á su patria? En qué empleo sus dotes, sus energías, su pluma, para que así haya de distinguirse como el más conspicuo de los españoles? Era acaso un poeta inspirado? era un pensador profundo? era un orador elocuente? era un literato atildado? era un sabio? era un genio? Qué era el Sr. Chies? Pues ni más ni menos que un escritor adocenado que había puesto su pluma á servicio de la impiedad y del libre-pensamiento. Consagró sus mediocres talentos á la descristianización de los españoles, y esa labor impia sintetiza toda su historia y cifra todos sus merecimientos. No deja ninguna obra que revele al hombre de talento, ni intervino en empresa alguna que pudiera recomendarle al agradecimiento de sus conciudadanos. Chies sólo era conocido por su animosidad contra la Iglesia de Cristo y por sus escritos materialistas y ateos. Ese fanatismo impío le había dado una notoriedad funesta entre los españoles que leen ciertos periódicos nauseabundos. Por donde es lícito afirmar que el Ayuntamiento de Madrid, al decretar la apoteosis del infeliz Chies, quiso asociarse á la propaganda anticristiana, atea, masónica, á qué éste consagró su existencia. En otro supuesto, es inexplicable el acuerdo tomado en la sesión del 20 de Octubre. Un monumento erigido en honor de Chies debe tener en España la significación que en Roma tiene el erigido á la memoria de Giordano Bruno: la apoteosis de la impiedad. Y aún Giordano Bruno fué un orador fogoso y un hombre instruido, mientras que Chies sólo se ha distinguido por su odio á la religión cristiana y por su impudente ateísmo. Y de semejante hombre quiere hacer el Ayuntamiento de Madrid una gloria nacional, un personaje histórico! Imposible es que el Gobierno de S. M. Católica consienta aberración tan monstruosa.

E. LL. v

En defensa de la inocencia é instrucción de los niños

Así titula el anciano y venerable Director y propietario de *La Cruz*, Exmo. Sr. D. León Carbonero y Sol, decano de los periodistas católicos de España y adalid invencible de la causa cató-

lica, un extenso trabajo, que ocupa más de 150 páginas de la citada Revista, dedicado todo él á dilucidar la debatida cuestión de los libros editados por la casa Calleja de Madrid, con destino á las escuelas de 1.^a Enseñanza. El Sr. Carbonero y Sol, con una serenidad admirable, se hace cargo de todo cuanto la prensa católica, y una buena parte de la prensa liberal, han escrito contra muchos de los libros del Sr. Calleja, como así bien de las defensas que este Editor ha intentado hacer de las obras por él publicadas, y examinando las piezas del proceso á la luz de la doctrina canónica y de la moral evangélica, se pronuncia decididamente contra la propaganda realizada por la casa editorial Calleja, por hallarla en abierta oposición con los procedimientos canónicos y con el respeto que á todo hombre honrado debe merecer la inocencia de los niños. Trece documentos episcopales aduce el señor Carbonero y Sol en contra de los libros del Sr. Calleja, y cerca de cien periódicos de todos los matices políticos, con más el testimonio de la casi totalidad de los maestros y maestras de 1.^a Enseñanza de Madrid, al cual van adhiriéndose los profesores de provincias. La mayor parte de los documentos alegados por el director de *La Cruz* están tomados de *La Unión Católica*, que ha sido el periódico que más empeño ha puesto en defender á la niñez frente á frente de la perniciosa propaganda del señor Calleja.

Acabábamos de leer el hermoso y conciencioso trabajo crítico de *La Cruz*, cuando llegó á nuestras manos el último número de *La Enseñanza Española*, Revista que hace poco ha empezado á publicarse en Madrid, y donde vimos un largo artículo rotulado *Calleja y sus Detractores*. Lo leímos con avidez, esperando hallar en él una vindicación de la conducta del editor Calleja. Pero sufrimos un desengaño completo, porque nada dice el articulista que pueda presentarse en abono del citado Editor: es más bien el mencionado artículo un libelo infamatorio contra el director de *La Unión Católica* y contra el de *La Educación*, que una defensa del Sr. Calleja. Echase de ver á la legua que este Editor no tiene defensa posible, ya que su abogado en la prensa tiene que limitarse á desautorizar á sus acusadores. Si éstos hubieran afirmado bajo su palabra que muchos de los libros editados por el Sr. Calleja contenían máximas heréticas, conceptos erróneos, especíes perniciosas, pasajes más ó menos pornográficos, y que por lo mismo eran atentatorios á la inocencia, á la sana instrucción, á la educación cristiana de la niñez, en ese caso, no aprobaríamos el proceder del articulista, pero lo comprenderíamos, porque basada la acusación en la simple autoridad de los que la formulaban, desautorizados éstos, quedaba aquélla en parte refutada, mayormente si los denunciadores de los libros no lograban vindicarse satisfactoriamente. Pero en el caso presente, sobre que esta vindicación ha sido completa, y hasta podríamos

decir que era innecesaria, debe tenerse muy á la vista que *La Unión Católica*, al afirmar que tales y cuales libros del Sr. Calleja eran inmorales y anticatólicos, lo ha demostrado superabundantemente, analizándoos con crítica imparcial y serena, y llevando la convicción á todos los espíritus despreocupados. ¿Por qué no deshace *La Enseñanza Española*, la irreprochable argumentación de *La Unión Católica*? ¿Por qué, dejando en pie las razones expuestas contra la ortodoxia y moral de los libros del señor Calleja, intenta desconceptuar al eximio escritor católico D. Damián Isern?

Este ilustrado escritor ha afirmado que los libros del Sr. Calleja carecían de censura eclesiástica; el Sr. Calleja ha afirmado que la habían obtenido; pero la autoridad eclesiástica, en documento oficial, ha dado un mentís público y solemne al obcecado Editor, dejando valedera la aserción de *La Unión Católica*; ¿y cree «*La Enseñanza Española*» que queda suficientemente vindicada la casa editorial del Sr. Calleja, con lanzar un puñado de fango sobre la frente del director de *La Unión Católica*? Mal parado queda el Sr. Calleja después del trabajo crítico del Sr. Carbonero y Sol; pero aún le deja en posición más desairada el apasionado é impertinente artículo de *La Enseñanza Española*; pues si aquél ha demostrado la justicia de los ataques de «*La Unión Católica*,» este último ha evidenciado la imposibilidad de defender la conducta de la casa editorial representada por el Sr. Calleja.

Por lo demás, satisfechos pueden estar de su obra moralizadora el consecuente escritor católico D. Damián Isern y su colaborador D. Eugenio Fernández Hidalgo. No sólo han logrado, con su valiente y sostenida campaña periodística, poner un dique á la invasión de obras corruptoras que inundaba las escuelas de instrucción primaria, poniendo en salvo la inocencia y el candor de la niñez escolar; sino que han promovido un espectáculo grandioso, edificante y conmovedor, cual no se haya realizado ningún otro, de muchos años á esta parte, en nuestra infortunada España. A su vigilancia, á su celo y á sus esfuerzos incansables se debe ese grito de universal protesta que el Episcopado y el Clero, la prensa periódica y el Magisterio, han lanzado contra la empresa editorial que desconocía los sacratísimos derechos de la inocencia pueril á ser respetada y protegida. La opinión se ha declarado unánime en favor de los niños y en contra de la casa Calleja. Y esa manifestación del interés que la suerte moral y religiosa de los niños inspira á los españoles, ese empeño con que los Prelados de la Iglesia, y los publicistas más insignes, y la mayor y mejor parte del Profesorado, han mostrado en que no se atentara á la inocencia de la niñez, esa alarma que ha cundido por todas partes, al saberse que se inoculaba en las venas de los tiernos alumnos el virus ponzoñoso de ideas deletéreas, de sentimientos bastardos; todo ese ahinco con que la nación española

se ha aprestado, á ponerse del lado de la parte más débil y más encantadora y más simpática de la sociedad; si bien honra á los periódicos que, como *La Unión Católica*, han denunciado los libros perniciosos que se ponían en manos de los niños, honra también al pueblo español, que se ha conmovido al saber que podía propinarse una lectura nociva y corruptora á los sencillos é incautos jovencitos que frecuentan nuestras escuelas. Ese testimonio grandioso y solemne del aprecio que la inocencia candorosa merece á los españoles, es prueba elocuentísima de la nobleza, hidalguía y generosidad del carácter español, es argumento irrefutable de que nuestro pueblo ama la virtud, ama el decoro, ama la pureza de costumbres, á pesar del acanallamiento de algunos de sus hijos.

E. LL.

LA SOTANA

Hoy es traje exclusivo de los sacerdotes, y por añadidura, bandera de resistencia contra la impiedad.

La sotana es estrecha como el camino del cielo, como los votos pronunciados por el que la viste: cubre todo el cuerpo para indicar que toda la vida, todo el movimiento del que la lleva está consagrado al ministerio que ejerce; es negra como señal de luto constante por el que murió en la cruz y duelo continuo por los pecadores, como pregón de que quien vive dentro de ella ha muerto para el mundo y vive sólo la vida del amor divino, del sacrificio por sus semejantes.

Los enemigos del Catolicismo la odian, porque el negro color de la sotana les recuerda el fondo de su conciencia.

Los políticos la desprecian, porque es de un mismo color por todos lados, y no tiene vuelta como las casacas que ellos usan, y no pueden hacerla cambiar de color.

Una sotana es siempre un saco de verdades, y hay muchos que no quieren verlas salir del saco.

Es una amenaza constante para los que no tienen tranquilidad de conciencia.

Hay muchos ignorantes que no la pueden ver, porque les estorba lo negro.

Los filósofos de pacotilla la detestan, porque buscan la verdad en todas partes menos entre los pliegues de ella, que la recibe de lo alto, grande y sublime, mientras los otros la persiguen en el fango.

La sotana tiene la forma de una mortaja, como si quisiera re-

cordarnos que siempre debemos estar preparados para el trance supremo de la muerte.

Este recuerdo les hace poca gracia á los que temen el momento fatal, porque no tienen su cuenta bien justificada.

Un hombre que lucha en el mundo para adquirir una fortuna arruinando á los demás, vendiendo su conciencia y su honor, cuando ve una sotana, no puede menos de exclamar: Esta es la más negra.

Los dos colores en que resaltan más vivamente las manchas son el blanco y el negro; por eso una falta cualquiera llama mucho la atención en un sacerdote: es que ha caído sobre la sotana. Por eso también los enemigos de la Iglesia hacen inauditos esfuerzos para arrojar lodo á las sotanas, para poder enseñarlas manchadas; pero sólo desconocen las huellas de la calumnia los perversos y los tontos.

Para los pobres, para los moribundos, lo negro de la sotana es más claro que la luz.

Los sepulcros llenos de podredumbre, de que habla el Evangelio, estaban blanqueados por fuera; eran nubes de luz henchidas de sombra de muerte, mientras que la sotana puede parecer una sombra, pero guarda siempre la luz divina de la vida eterna.

Un político que cambia de casaca es un hombre ligero, pero á quien nadie rechaza.

Un sacerdote que cambia la sotana por la levita de otra religión, es un apóstata cuyo contacto aborrecen todos.

Para expresar que un hombre ha cambiado de opinión, se dice que ha cambiado de ropa.

El sacerdote no se la cambia nunca, siempre es la misma; igual forma, igual color, inmutable como la Iglesia de Dios.

Un sacerdote sin sotana es como un rey sin cetro; parece que disminuye su autoridad.

Un sacerdote puede salir de casa, viajar ó visitar vestido de levita, pero para todas las funciones de su sagrado ministerio no le es posible prescindir de la sotana.

Y, observadlo: cuando veis un sacerdote sin sotana, os parece que le falta algo...

La sotana es hoy la encarnación más viva del odio de los sectarios, como es también la prenda más amada de los católicos.

Pero muchos que no quieren mirar una sotana en la calle, la verán con placer supremo á la cabecera de su lecho en los últimos momentos.

Se necesita valor para batirse entre los escombros de una trinchera; y en estos tiempos de lucha terrible se necesita también para vestir el traje de los ministros de Dios.

He dicho al principio que la sotana era estrecha porque es la que ciñe al sacerdote; en cambio el manto es amplio, como indicando que sirve para abrigarnos á todos los pecadores.

Ante el brillante uniforme de un general cargado de condecoraciones, se despierta nuestra curiosidad: ante una sotana raída y pobre se inclina con respeto nuestra frente.

Las cruces, las placas, los bordados de oro nos hablan de la gloria del mundo.

La negra tela de la sotana nos recuerda siempre la gloria del cielo.

Si reyes y emperadores se reunieran en torno de nuestro lecho de muerte, nos honrariamos mucho y no nos servirían de nada.

Dios me deje ver una sotana en aquel trance.

L. V. DE A..

FLORES DE MUERTO

RECUERDOS

Murióse en una aidea el señor cura
después de setenta años de ser bueno:
su pobre sepultura,
rincón humilde á toda pompa ajeno,
fué cual su vida obscura;
y en el mundo que indaga y sabe tanto
no supo nadie que faltaba un santo.

¡Cómo yo olvidarte
Cruz del Campo santo,
si estás con mi padre,
¡y me acuerdo tanto!

* * *

Me dijo que se moría
y me lo dijo de un modo,
que el aire, el cielo y la tierra
¡todo se perdió á mis ojos!

* * *

— Dios me manda dejaros
— No padre mio!
— Cerró triste los ojos....
Lanzó un suspiro....
Rayaba el día
cuando nos dió mi padre
su despedida.

* * *

EL NIÑO ENFERMO

¿Qué canto es ese, madre,
que me da miedo?
Voy á oír.... hijo mio....
Es un entierro.
Pues cuando yo me muera,
que será pronto,
haz por Dios, madre mia,
que entonen otro,
que ha de ser más alegre,
segun yo creo,
el canto de los niños
que van al cielo.

* * *

PENSAMIENTOS

Un viejo mendigo muerto....
la nieta junto á él dormida....
¡Sueño de muerte y de vida
en un terrible concierto.

* * *

En días como hoy oraba
ante el altar, por los muertos,
hoy, mis pobres oraciones
corren hacia el cementerio

* * *

En las calles oscuras
solloza el viento;
Se apagan las estrellas
del firmamento.
Sólo del vigilante
que triste pasa

Barcelona-Víspera de Difuntos.

el ruido que produce
se oye en la casa:
La candileja
que ardió toda la noche
de lucir deja.

* * *

¡Madre mía del alma!
madre querida;
Tan solo por tí siento
perder la vida.

A. TORNERO DE MARTIRENA.

LA TEMPESTAD

¿Oís cual silba el viento?
Medrosa la arboleda
inclina sus ramajes,
encanto del Abril;
el mar ruge bravío,
irguiéndose espumoso,
cual monstruo que se apresta
el orbe á destruir.

En el Oriente asoma,
por entre las montañas,
densísima negrura,
que acrece su furor;
cobarde el sol se esconde;
trocada ven los cielos
su veste rutilante
por fúnebre crespón.

Rasgando sus entrañas
el rayo serpentea,
azote que tremola
el divinal poder;
el trueno por la cuenca
retumba el estampido,
y el rayo fulgurante
osténtase otra vez.

¿Será que Dios intente,
cansado ya del hombre,
al caos pavoroso
volver la Creación?
¿Será que ángel precito
socave sus cimientos,

para borrar la obra
más grande del Señor?

De pronto negra nube
en piedra se deshace,
que al campo roba frutos,
y flores al pensil;
veloz cae el pedrisco
como cayera un día,
al golpe del Arcángel,
Satán al horco vil.

Cruzando las vertientes
el agua empuja y rompe
las plantas y las rocas
que quiérenla atajar.
Encinas corpulentas
las dobla en sus embates,
cual puede débil mimbre
torcer gentil rapaz.

Avanza incontrastable
saltando precipicios;
con inaudito estruendo
va del torrente en pos;
torrente no enfrenado,
que corre impetuoso,
porque le infunde bríos
el hálito de Dios.

Desbórdase en el llano,
hundiendo caseríos,
que con rocas y árboles
entablan amistad;

si ayer, altivos, fueron
honor de la montaña,
hoy servirán de alfombra
en el profundo del mar

.....
Ya el trueno desaparece;
si el rayo centellea,
simula ardiente chispa
que brota de la luz:
el mar calma sus iras;
si se le ve encarnado,
el fleco es que hoy adorna
su vestimenta azul.

De nuevo el sol ríela
en prenda de bonanza;
el iris engalana
su aurífero matiz;
la flor, con las gotitas
que esmaltan su corola
cual joyas que brillantan
topacios y zafir.

Las nubes, fustigadas
por viento bonancible,

cual espantada huéste
que al enemigo ve,
esconden su negrura,
tornando al firmamento
la espléndida belleza
que al hombre da placer.

Revive la natura,
ya brilla en la alta sierra,
igual que en la alborada,
su alfombra de verdor;
susurran fuentecillas,
y en el frondoso bosque,
dejando el blando nido,
gorjea el ruiseñor.

.....
¡Cuán grande es Dios! Se enoja!
y es feble caña el mundo,
que agita y anonada
su brazo divinal;
mas El, que quiere al hombre,
á las marchitas plantas
con bienhadada lluvia
les da jugo vital.

REVISTA DE LA QUINCENA

Si los lamentos y los gritos de indignación de la madre patria, no nos lo vedaran, podríamos vanagloriarnos de nuestras previsiones acerca de la campaña de Africa. Afirmamos en nuestra última quincena, que las contemporizaciones del Gobierno con las *kábilas* del Riff que habían invadido nuestro territorio y mutilado los cadáveres de nuestros soldados, debían necesariamente empeñarnos en una guerra difícil, larga y costosa, cuando de haber mandado desde un principio un cuerpo de ejército á Melilla, podría éste castigar fácilmente á los rifeños, asegurar nuestra soberanía y lograr una indemnización razonable. Pero el Gobierno ha necesitado ¡veinticinco días! para intentar reponer las cosas en el estado que tenían el día 2 de Octubre, y al pretender verificarlo, ha sufrido nuestro ejército el contratiempo más humillante que registran los anales patrios. Se ha metido un ruido estruendoso con los preparativos militares ordenados por el Ministerio de la Guerra; se han estudiado planes estratégicos que se suponía ser inmejorables; se han trasladado á Melilla varias baterías con excelentes cañones; varios batallones han cruzado el Estrecho, y otros se han ido acantonando en los puertos más próximos á Melilla; se han repartido entre las tropas expedicionarias los fusiles Mauser que había disponibles; se han transportado al Africa víveres, municiones, tiendas de campaña; han menudeado las conferencias, las embajadas, las comunicaciones

diplomáticas: todo indicaba que se iba á dar comienzo á una campaña brillante, rápida, decisiva, que correspondiera á la tradición gloriosísima de las armas españolas; hasta parecía exagerado tanto preparativo, tanta consulta, tanto atuendo estruendoso, y sobre todo, tanto tiempo, para castigar á las bárbaras kábilas del Riff que se habían atrevido á pisotear nuestra bandera. A nadie parecían enemigos dignos de España esos rifeños fanatizados, que sin organización ni disciplina, sin artillería ni armamento perfeccionado, y sin contar con el apoyo de su propio Emperador, osaban arrostrar la cólera del León español y burlarse de sus arrogantes amenazas.

Con todo, y por despreciables que parecieran los enemigos á quienes debíamos castigar y abatir, se invirtieron ¡veinticinco días! en preparar, no ya el castigo, sino el ejercicio de nuestra soberanía á pesar suyo. Poco decoroso era para nuestra Nación el haber necesitado tanto tiempo para que nuestros soldados afirmaran nuestra soberanía en nuestro propio territorio, contra la voluntad de las kábilas. Pero llegó por fin el día, y se dió orden de construir un fortín en el territorio español de Melilla, y nuestra infantería y nuestra caballería y los cañones de nuestras fortalezas y la marina de guerra se aprestaron á proteger las obras de fortificación, por si acaso los rifeños intentaban estorbarlo. Sucedió esto el día 27 de Octubre. No queremos describir, ni sabemos á punto fijo, lo que pasó en el campo de Melilla en ese día de eterna recordación. Sólo diremos que las kábilas rifeñas se opusieron á la realización de las obras, á despecho de nuestros soldados, de nuestros cañones y de nuestros buques, y que obligaron á nuestros valientes batallones á cederles el campo, quedando muerto el general Margallo, herido el general Ortega, manchada nuestra bandera, abofeteado nuestro honor, comprometida nuestra reputación, escarnecida nuestra patria y cubierta de cieno y vergüenza nuestra gloriosa historia. No ha sido una Nación poderosa la que nos ha humillado; han sido unas tribus bárbaras que merodean allá en los confines de un Imperio bárbaro. Y no nos han vencido por una sorpresa traidora; sino después de veinticinco días de prepararnos para refrenar sus bélicos empujes. ¡La España de las Navas, del Salado, de Lepanto y de Bailén, vencida, ultrajada, escarnecida, por unas tribus que ni representación oficial tienen en el mundo de la diplomacia!

Una de las víctimas de la batalla iniciada el día 27 de Octubre fué el General Margallo, Gobernador de Melilla y Jefe supremo de las fuerzas allí acantonadas. Que Dios le haya perdonado sus desaciertos: que el fallo del Tribunal divino sea para él menos riguroso que el que pronunciará la historia patria. Esta no le contará entre sus hijos beneméritos. No olvidará que trabajó cuanto pudo para que no pasaran á Melilla tantos soldados, que fuera preciso mandar allí un General de División que asumiera el mando supremo; no olvidará que habiendo el Gobierno man-

dado á Melilla algunos batallones, algunos escuadrones y algunas baterías, y designado para mandar el ejército de operaciones al General Macías; sabedor de que este bravo militar se había puesto en camino para dirigir la campaña, en conformidad con el plan aprobado por el Ministro de la Guerra, anticipóse á probar la suerte de las armas, ansioso de acrecer su prestigio antes de resignar el mando. Pagó su temeridad con la vida. Verdad es que tampoco podía sobrevivir á la derrota, estando ya en viaje el General Macías que llevaba instrucciones para desarrollar un plan completo de campaña. Un brillante hecho de armas hubiera quizás coonestado, y aún tal vez enaltecido, esa determinación inoportuna; pero la derrota de sus soldados debía cubrirle de perpetua ignominia. Puesto en el empeño, debía vencer ó morir. ¿Pero y la afrenta de la patria? y la vida de los soldados que sucumbieron? y los horrosos suplicios de los que quedaron prisioneros? y el haber hecho necesaria una campaña más decisiva, más amplia y más sangrienta? Esas tremendas responsabilidades no quedaron cubiertas con la muerte de Margallo y perpetuamente pesarán sobre su memoria.

El efecto producido por las noticias desgraciadamente muy tristes y lamentables, llegadas del campo de Melilla, ha sido, más que de terror, de honda indignación. El sentimiento patriótico de los españoles se ha excitado sobremanera, y es unánime la protesta contra la conducta seguida por el Gobierno desde los sucesos del 2 de Octubre. Ahora creemos se desengañará el ilustrado director de *El Diario de Barcelona* que, en su artículo del último domingo, tan poco lisonjeramente hablaba del patriotismo de los españoles. Nosotros creemos que, si antes del último sangriento combate habían los españoles mirado con cierta indiferencia los asuntos de Melilla, á pesar de las excitaciones de ciertos periódicos callejeros, no era ciertamente porque haya menguado hasta punto tal nuestro patriotismo, que no estemos dispuestos á sacrificar nuestros intereses y nuestras vidas en aras de la dignidad y del honor de España, sino porque nadie creía que nuestro prestigio y nuestro decoro nacionales se hallaran seriamente comprometidos en Melilla. Creíase, por el contrario, que era empresa fácil y breve imponer severo castigo á las kábilas que escarnecieron el día 2 de Octubre nuestra soberanía, y era general el descontento por la tardanza en castigar á los rifeños. Mas ahora que real y verdaderamente los españoles creen que su honra nacional ha sufrido verdadero menoscabo, sienten sus pechos enardecidos y sus corazones inflamados por el fuego sacro del más vivo patriotismo, y se manifiestan dispuestos á renovar las heroicidades de la guerra de la Independencia y de la última guerra de Marruecos. Cumpla su misión el Gobierno que rige los destinos de la patria española, y verá como le secundan los españoles todos, pospuestos sus intereses de partido y olvidadas sus diferencias políticas. Acaso la poca

confianza que inspiran los actuales gobernantes, cohiba el sentimiento patriótico de no pocos honrados ciudadanos; pero si la suerte nos depara un Gobierno que sepa ponerse á la altura de las actuales circunstancias, muy pronto rebosará de todos los pechos el más acendrado patriotismo, y á pesar de la pobreza que sufre nuestra infortunada Nación, sabrá prodigar los recursos que para lavar su afrenta se le pidan.

*
**

La visita de la escuadra rusa á Tolón ha dado margen á manifestaciones tan ruidosas y tan entusiastas, por parte de los franceses, que han constituido el tema predilecto de la prensa política europea. El recibimiento hecho á la escuadra rusa fué el preludio de una serie de obsequios suntuosos, sorprendentes, verdaderamente grandiosos, hechos por el pueblo francés á los marinos rusos, primero en Tolón, y sucesivamente en París, en Lion, en Marsella y en cuantas poblaciones han logrado el privilegio de poder festejar á los huéspedes moscovitas. Iluminaciones públicas, banquetes suntuosos, representaciones teatrales, bailes deslumbradores, recepciones aparatosas, ovaciones delirantes, discursos encomiásticos, brindis cordialísimos, todo lo que puede significar deseo y empeño decidido de agasajar, complacer y obligar; todo lo que puede traducir el júbilo, la gratitud, el entusiasmo de un pueblo, el propósito de exponer y afirmar su sentimiento de benevolencia, de admiración, de reconocimiento, de amistad leal y sincera, de mancomunidad y compenetración de intereses, de proyectos, de aspiraciones, de esfuerzos y de esperanzas; todo eso ha brillado por modo extraordinario en Tolón, en París, en Lyon, en Marsella, al ser visitadas esas ciudades por los oficiales de la Escuadra rusa. Las poblaciones en masa han tomado parte activa, principalísima, en los obsequios prestados á los felices extranjeros que han visitado las principales ciudades de Francia. Ni que la Escuadra rusa hubiera aportado á Tolón, cargada de laureles y de botín riquísimo, después de librar empeñadísimo combate en honor de la nación francesa, habría podido aspirar á tan cariñoso recibimiento y tan deferentes atenciones y tan sentidas, entusiastas y universales complacencias.

No han faltado censuras catonianas y críticas mordaces por esa explosión del júbilo nacional francés. No pocos publicistas han hallado injustificadas esas muestras del público contentamiento. Sobré todo los partidarios de la triple alianza han visto en los festejos tributados á los marinos rusos, una demostración más de la garrulería y lijereza de los franceses: han aparentado no dar crédito á las simpatías francesas por los rusos, y maliciosamente han sacado á colación las campañas de Napoleón y la guerra de Crimea y el martirio de Polonia. Entusiasmo

no se le da crédito á las simpatías francesas por los rusos, y maliciosamente han sacado á colación las campañas de Napoleón y la guerra de Crimea y el martirio de Polonia. Entusiasmo

fingido é improvisado les ha parecido cuanto se ha hecho en Francia por obsequiar y halagar á los rusos.

Pero, digase lo que se quiera, es preciso creer en la sinceridad de esas manifestaciones. Concedemos que los franceses no sienten por los rusos mayores simpatías que por los españoles, por ejemplo. Pero en las presentes circunstancias dan un valor inmenso á la amistad de la Rusia, un valor que no podrían dar á la amistad de España, ni de ninguna otra Nación europea. Dada la posición topográfica de la Rusia y su formidable poderío militar, queda Francia asegurada contra los planes hostiles que pueda forjar la triple alianza. Además, la alianza franco-rusa arrebatada á la Alemania el cetro de la hegemonía europea, y dando distinta orientación á la política dominante, acaba con el aislamiento humillante y vergonzoso á que la República francesa se veía condenada. Mientras estuvo entregada á sus propias fuerzas frente á frente de la triple alianza, tuvo que sufrir la violación de sus fronteras por los gendarmes teutones; tuvo que disimular los atropellos de que fueron víctimas sus hijos en la Italia y hasta el insulto de su representante en Roma; tuvo que tolerar los ataques de Inglaterra á su prestigio y á sus intereses en Egipto; tuvo que devorar en silencio la honda amargura que le causaba, el verse postergada en los Consejos de la Europa, cual si fuera una Nación de segundo orden, siempre y cuando se ventilaban asuntos internacionales. El patriotismo exigía esa abnegación heroica y Francia se la impuso. Hoy, gracias á su amistad con Rusia, recobra su libertad omnimoda de acción, y nadie podrá ofenderla impunemente. Ya no perturbará su sueño el espectro amenazador de tres grandes potencias militares, dispuestas á caer sobre ella y despedazarla y reparitirse sus despojos. Ni Inglaterra se enriquecerá á su costa, ni Alemania se gozará en sus humillaciones, ni Italia se permitirá provocar sus iras, ni Austria se gloriará en tenerla por enemiga. Empieza para ella una era de rehabilitación, de prestigio y de incontrastable poderío. Tanto significa y tanto vale para la Francia la amistosa alianza con Rusia. ¿Y se creen exagerados los festejos tributados á los oficiales rusos? Sólo pueden pensar de esa manera los que desconozcan la situación política de la Francia.

Como se ve, para explicar la calurosa adhesión de la Francia á la Rusia, no hay necesidad de suponer en la República vecina intenciones belicosas, ni proyectos hostiles. Bástale á la Nación francesa la seguridad de que sus destinos no dependen ya de la triple alianza, y de que Rusia no sufriría impasible que la Alemania, el Austria y la Italia lanzaran sus formidables ejércitos contra ella. Hoy puede defenderse de sus poderosos enemigos, y esto le basta. La alianza con Rusia le permitirá batirse, si la guerra se hace inevitable, en condiciones de igualdad, y eso basta á su dignidad, á su valor, á su patriotismo. Por esto en

como en la actualidad se ve en la Rusia una gran fuerza moral y política, y esto le basta á su dignidad, á su valor, á su patriotismo. Por esto en

todos los discursos pronunciados en Tolon, en Paris, en Lyon y en Marsella por las Autoridades francesas han dominado los tonos pacíficos, felicitándose de que las cordiales relaciones establecidas entre Francia y Rusia sean garantía sólida del mantenimiento de la paz europea. Las mismas intenciones pacíficas han revelado los discursos pronunciados por los oficiales de la Marina rusa. Y el mismo Czar Alejandro, telegraphiando desde Gastchina, con fecha 27 Octubre, al Presidente Carnot, ha confirmado el carácter pacífico de la amistosa unión del Imperio y la República. Rusia sabe que Francia no consentirá que la triple alianza, apoyada por la Inglaterra, abasando de su superioridad militar, la ataque impunemente: Francia sabe también que Rusia no permitirá que el poderío militar de la *triplice*, sirva para atropellar á la Francia aislada y entregada á sus propios recursos: es lo que basta á franceses y rusos, que desean estar á la defensiva, y que con su estrecha amistad han logrado restablecer el equilibrio europeo. De aqui, que el entusiasmo de los franceses por los rusos, signifique el convencimiento de que la paz de Europa no se mantendrá en lo sucesivo á costa de la abnegación y de las humillaciones de la Francia, sino en virtud de haber quedado cotrarrestada la antigua superioridad militar de la triple alianza.

*
*
*

Marcadísimo contraste ofrece con la visita de la Escuadra rusa á Tolón la que al mismo tiempo verificaba la Escuadra inglesa á los puertos de Italia. El pueblo italiano no ha dado mayor importancia á esa muestra de deferencia dada por la Inglaterra á la Italia. Las fiestas celebradas en honor del Almirante Seymour y demás jefes y oficiales de la Marina inglesa han tenido un carácter oficial y por lo tanto, aunque espléndidas, han resultado frías y de puro formalismo. Así como en Francia no sólo los habitantes de Tolón y Paris y Lyon y Marsella, sin distinción de clases ni de afiliaciones políticas, sino también los de los pueblos vecinos, y los de todo el Departamento, se han adherido con caluroso entusiasmo á los obsequios hechos en honra de los rusos; en Italia el pueblo de Tarento y el de Spezzia se ha limitado á representar el papel de simple espectador de los festejos oficiales, como si nada esperara de la amistad de Inglaterra. Y esto, que la visita de la Escuadra inglesa á los puertos de Italia ha tenido un carácter más declaradamente político que la de los rusos á Tolón; pues mientras ésta era la justa y obligada correspondencia de la visita de la Escuadra francesa á Cronstadt, la presencia de la Escuadra inglesa en los puertos de Italia, tenia por objeto neutralizar el efecto que en contra de la triple alianza podia producir la llegada de la Escuadra rusa al Mediterráneo y su visita al puerto de Tolón. En lo cual ha dado el pueblo italiano una muestra de muy buen sentido político, no apasionándose ante las manifestaciones amistosas de Inglaterra, siempre egoísta y atenta á sus propios y exclusivos intereses.

*
*
*

Según el acuerdo tomado en París por los representantes de las naciones que forman *La Unión monetaria latina*, esta continuará subsistiendo, bien que la Italia tendrá que recoger las monedas divisionarias de plata y sustituirlas por equivalente cantidad de oro. Como en otra parte de este número explicamos, la denuncia de la Unión latina por la Francia hubiera llevado consigo la inevitable bancarrota de Italia; pero esta resolución hubiera comprometido la paz de Europa, y Francia hubiera tenido que resignarse á perder 250 millones de francos que le importa la depreciación de la moneda de plata italiana que ha pasado los Alpes. Como se ve por los últimos telegramas, se ha adoptado un temperamento medio, un término conciliador, que sin embargo será funestísimo para la nación italiana. Esta se ve en la precisión de invertir sumas considerables en mejorar su material de guerra, y el pueblo italiano no puede ya con los impuestos que sobre él actualmente pesan; ¿dónde hallará dinero para saldar la enorme diferencia entre su moneda divisionaria de plata y el oro con qué debe sustituirla? Si á pesar de la pública miseria y de la protesta universal contra el actual presupuesto, acaba de declarar Giolitti en Dronero, que la necesaria continuación de Italia en la *triplice*, exige el aumento de los impuestos; ¿cómo ha de poder el pueblo italiano subvenir al cuantioso desembolso que le impondrá la denuncia de *La Unión latina monetaria* respecto de sus monedas de plata divisionarias? ¿Podrá Italia evitar la bancarrota á corto plazo? Preferirá sucumbir con honor en los campos de batalla, á quedar vergonzosamente asfixiada entre los rígidos brazos de sus acreedores?

Quédale todavía una solución salvadora y quizás sea esta la única: puede reconciliarse con el Papa devolviéndole la independencia que injustamente le ha arrebatado, y entonces puede sin temores abandonar la triple alianza y reconciliarse con su hermana de origen y antigua aliada, la Francia. Esto le permitiría disminuir notablemente el presupuesto de guerra y marina y reconstituir su lastimosa Hacienda. Y adviértase que este plan va diariamente ganando partidarios en Italia, porque se arraiga la convicción de que así como la hostilidad sistemática al Vaticano origina la decadencia y empobrecimiento de la nación, la reconciliación con la Santa Sede levantaría el espíritu público, permitiría el desarme y licenciamiento de una considerable parte del ejército, y facilitaría la realización de importantes economías. Pero si tal es el anhelo de la Italia católica, preciso es reconocer que la Italia oficial y masónica se opondrá con todas sus fuerzas á esa aproximación al Vaticano, y que, antes que deshacer la obra revolucionaria, coronada con la brecha abierta en la puerta Pía, llamará en su apoyo al genio de la destrucción, de la muerte y de la venganza sacrilega.

E. LL.